

863.5 PQ 6555
D37
V. 2

PERSONAJES DE ESTA SEGUNDA PARTE

ISIDORA RUFETE, protagonista.
MARIANO RUFETE, su hermano.
AUGUSTO MIQUIS, doctor en Medicina.
JOAQUÍN PEZ.
DON JOSÉ DE RELIMPIO Y SASTRE, tenedor de libros.
MELCHOR DE RELIMPIO, arbitrista.
EMILIA DE RELIMPIO DE CASTAÑO.
LA SANGUIJUELERA.
DON ALEJANDRO SÁNCHEZ BOTÍN, padre de la Patria.
JUAN BOU, litógrafo.
JUAN JOSÉ CASTAÑO, ortopedista.
MUÑOZ Y NONES, notario.
MADAMA EPONINA, modista.
RIQUÍN, niño.
EL MAJITO.
MODESTO RICO, tratante en vinos.
PALO-CON-OJOS.
GAITICA.
DIVERSOS PECES.
DIVERSOS PÁJAROS.
UN GRAN PERSONAJE (que no habla).
DIVERSOS PERSONAJES (que no hablan tampoco).

Un abogado, testigos, carceleros y carceleras, curiales, un oficial de litografía, hombres y mujeres del pueblo, porteros, tropa, etc.

La escena es en Madrid y principia en diciembre de 1875.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA DESHEREDADA

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Efemérides.

La República, el Cantonalismo, el golpe de Estado del 3 de enero, la Restauración, tantas formas políticas, sucediéndose con rapidez, como las páginas de un manual de Historia recorridas por el fastidio, pasaron sin que llegara á nosotros noticia ni referencia alguna de los dos hijos de Tomás Rufete. Pero Dios quiso que una desgraciada circunstancia (trocándose en feliz para el efecto de la composición de este libro) juntase los cabos del hilo roto, permitiendo al narrador seguir adelante. Aconteció que por causa de una fuerte neuralgia necesitó éste la asistencia de Augusto Miquis, doctorcillo flamante, que en los primeros pasos de su carrera daba á conocer su gran disposición y altísimo porvenir. Enfermo y médico charlaban de diversas cosas. Un día, cuando ya se había iniciado la convalecencia, recayó la conversación en los sucesos referidos en la Primera parte, y Miquis,

para quien no podía haber un tema más gustoso, habló largamente de Isidora, diciendo, entre otras cosas, lo que sigue:

«Está ahora esa mujer..., vamos. ., está guapísima, encantadora. Parece que ha crecido un poco, que ha engrosado otro poco y que ha ganado considerablemente en gracia, en belleza, en expresión. Se me figura que será una mujer célebre. Vive en la misma casa donde se instaló hace dos años, al final de la calle de Hortaleza. Ha tenido un hijo. — ¡Un hijo! ¿Qué me cuenta usted? — Lo que usted oye. Ya tiene dos años. Es algo monstruoso; lo que llamamos un *macrocéfalo*, es decir, que tiene la cabeza muy grande, deforme. ¡Misterios de la herencia fisiológica! Su madre me pregunta si toda aquella gran testa estará llena de talento. Yo le digo que su delirante ambición y su vicio mental le darán una descendencia de cabezudos raquíticos... El chico es gracioso y de una precocidad alarmante...

»Pasando á otra cosa, yo tengo para mí que el marqués viudito está más tronado que la nación española. Sus deudas se remontan como el águila ávida de las altas cumbres; sus gastos no disminuyen. Para estos tales, carecer es morir, y pasarán por toda clase de ignominias antes que decapitarse renunciando al lujo y á la vida de rumbo y disipación. Por desgracia de la sociedad, siempre encuentran tontos que les presen, cándidos que les fien y malvados que les ayuden. Observe usted que nunca mueren en un hospital. Su mendicidad no tiene harapos; pero piden, y á veces toman sin pedir.

»Yo pregunto: ¿No habrá algún día leyes para enfrenar la alta vagancia? ¿No se crearán algún día palacios correccionales? ¿No establecerán las

generaciones venideras asilos elegantes, forrados de seda, para tener á raya la demagogia azul, dándole de comer? Yo pregunto también: Puesto que tanto se ha hablado del derecho á la vida, ¿existirá también el derecho al lujo? Si el populacho nos pide los talleres nacionales, la alta vagancia nos pedirá algún día los casinos costeados por el Estado. Lógica, lógica, digo yo. Y á los que predicán el comunismo les digo: «Estáis tocando el violón, porque el comunismo existe entre nosotros con tan profundas raíces como la religión: es nuestra segunda Fe. No falta más que perfilarlo, darle la última mano, y ponerlo bien clarito en las leyes, tal como lo está en nuestras costumbres.

»Ahora bien, señores, si esto no os gusta, empecemos por renovar la sociedad toda. Hagamos una revolución para destruir el comunismo, y esto es lo práctico, porque hacer revolución por establecerlo es como si encendiéramos el gas de las calles en pleno día. Revolución, pues. Suprimamos la Administración, que es una hipocresía del reparto universal; suprimamos el presupuesto, que es la forma numérica del *restaurant* nacional; suprimamos las contribuciones, que son el almacenaje omnímodo de que se nutre el comunismo, y una vez suprimido esto, lo demás, ejército, gobierno, armada..., se suprimirá por sí mismo. Entonces diremos: *todo acabó; nadie se encarga de nada...* Que cada cual salga por donde pueda. Fúndese una sociedad nueva entre el estruendo de los palos. ¿Qué tal? Sí, señores, el comunismo no muere sino ahogado en un océano de negaciones. Luego se unirán el interés y la fuerza para crear el nuevo derecho.»

Todos los que conozcan á Miquis verán que

no exageramos ni añadimos nada al poner aquí sus festivas paradojas.

Efectivamente, Isidora vivía al fin de la calle de Hortaleza en un número superior al 100. Su casa era nueva, bonita, alegre, nada grande. Constaba, como todas las casas de Madrid que, aunque nuevas, están fabricadas á la usanza antigua, de sala mayor de lo regular, gabinetes pequeños con chimenea, pasillo ni claro ni recto, comedor interior dando á un patio tubular, cuartos interiores de diferentes formas y escasas luces. Los gabinetes daban paso á las alcobas por un intercolumnio de yeso, plagiado de las embocaduras de los teatros. No estaba mal decorada la casa, si bien dominaba en ella la heterogeneidad, gran falta de orden y simetría. La carencia de proporciones indicaba que aquel hogar se había formado de improviso y por amontonamiento, no con la minuciosa yuxtaposición del verdadero hogar doméstico, labrado poco á poco por la paciencia y el cariño de una ó dos generaciones. Allí se veían piezas donde el exceso de muebles apenas permitía el paso, y otras donde la desnudez casi rayaba en pobreza. Algún mueble soberbio se rozaba con otro de tosqueidad primitiva. Había mucho procedente de liquidaciones, manifestando á la vez un origen noble y un uso igualmente respetable. Casi todo lo restante procedía de esas almonedas apócrifas, verdaderos baratillos de muebles chapeados, falsos, chapuceros y de corta duración.

La sala lucía sillería de damasco amarillo rameado; en imitación de palo santo, dos espejos negros, y alfombra de moqueta de la clase más inferior; dos jardineras de bazar y un centro ó tarjetero de esas aleaciones que imitan bronce,

ornado de cadenillas colgando en ondas, y de piezas tan frágiles y de tan poco peso que era preciso pasar junto á él con cuidado, porque al menor roce daba consigo en el suelo. La consola sustentaba un relojillo de estos que ni por gracia mueven sus agujas una sola vez. El mármol de ella se escondía bajo una instalación abigarrada de cajas de dulces, hechas con cromos, seda, papel cañamazo y todo lo más deleznable, vano y frágil que imaginarse puede... A Isidora no gustaba esta sala, que era, según ella, el tipo y modelo de la sala cursi. Había sido comprada *in solidum* por Joaquín en una liquidación, y provenía de una actriz que no pudo disfrutarla más de un mes. Isidora tenía propósito de deshacerse á la primera oportunidad de aquellas horrosas sillas de tieso respaldo, con cuyo damasco rameado había lo bastante para media docena de casullas, y aun sobraba algo para vestir un santo y ponerle de tiros largos.

En el gabinete próximo á la sala estaba casi constantemente la heroína de esta historia. A la izquierda de la chimenea tenía su armario de luna, mueble chapeado y de gran apariencia en los primeros días de uso, pero que pronto empezó á perder su brillo y á desvencijarse, manifestando su origen, como nacido en talleres de paotilla y vendido en un bazar por poco dinero. A la derecha, cerca del balcón, estaba el tocador, mueble precioso, pero muy usado. Había pertenecido á una casa grande que liquidó por quiebra. Un escritorio pequeño con gavetillas y algún secreto ocupaba uno de los lados de la puerta, quedando el otro para la cómoda. Sobre ésta se elevaba un montón de cosas revueltas, en cuya ingente masa podían distinguirse cajas de

sombreros y cajas de sobres estropeadas, libros, lós de ropa, un álbum de retratos, un Diccionario de la Lengua Castellana y un caballo de cartón.

En la chimenea, y sobre graciosos caballetes de ébano y roble, había varios retratos, entre ellos el de Isidora, obra admirable por la perfección de la fotografía y la belleza de la figura. Parecía una duquesa, y ella misma admiraba allí, en ratos de soledad, su continente noble, su hermosura melancólica, su mirada serena, su grave y natural postura. En la pared no había ninguna lámina religiosa; todas eran profanas; á saber: las parejas de frailes picarescos con que Ortego ha inundado las tiendas de cromos; canónigos glotonos, cartujos que catan vinos, el clérigo francés que se come la ostra y el que muestra el gusano en la hoja; además borrachos laicos y algunas majas y chulos que entonces empezaban á ponerse en moda. Todo esto había sido adquirido por Joaquín, que se reía mucho contemplando al fraile embobado junto á la muchacha, ó al capuchino beodo. Pero á Isidora no la hacían maldita gracia los cromos frailecos. Encontrábalos groseros, de mal gusto y ordinarios, por ser cosa de estampa que se veía en todas partes. ¡Cuándo realizaría ella su gran ideal de rodearse de hermosos cuadritos al óleo, de los primeros pintores!

Desde principio de marzo del 73, ocupaba Isidora aquella vivienda. Si había sido feliz ó desgraciada en su modesta y bonita casa, ella misma nos lo dirá. Todo lo ocurrido en ese largo espacio de treinta y cuatro meses en que ha estado fuera de nuestra vista, merece algo de historia, y para ello aprovechamos las efemé-

des verbales de D. José de Relimpio, cuya amabilidad para el suministro de noticias es inagotable.

1873. 1.º de marzo.— Instalación de Isidora en su casa de la calle de Hortaleza, no se sabe si con propios recursos ó á expensas del marqués viudo de Saldeoro. Escándalo. Pronuncia D.^a Laura su célebre frase: «Ya veía yo venir esto.» Disturbios en Barcelona; cunde la indisciplina militar.— *La Sanguijuelera* visita á los de Relimpio y califica la conducta de su sobrina con palabras que la pluma más hipócrita no podría velar con los disimulos del lenguaje.

Abril.— Desarme de la Milicia por la Milicia. Dos cobardías se encuentran frente á frente y del choque resulta una página histórica. No corre la sangre.— Primera cuestión entre Isidora y Joaquín por la manera de invertir el dinero heredado del Canónigo. Isidora gasta sin substancia una buena parte de él en los preliminares de su pleito. Se permite el esplendor de una berlina de Alonso, pero al mes tiene que privarse de este inocente lujo. La modista apunta con ojo certero á los fondos que quedan de la herencia. En la casa reina una abundancia incongruente. Suelen escasear, y aun faltar del todo, las cosas necesarias. El panadero y el carbonero son tan mal educados, que se atreven á quejarse de que no se les atiende con puntualidad.— Célebre discurso de Pi.

Junio.— Reúnense las Cortes Constituyentes. La guerra toma proporciones alarmantes, y en Navarra se ven y se tocan las desastrosas consecuencias de la desgraciada acción de Eraul.— Joaquín Pez marcha á Biarritz. Isidora tiene que quedarse en Madrid para averiguar el para-

dero de su hermano, que ha desaparecido del colegio en que estaba. — Consternación. Nuevo Gabinete. Asesinato del coronel Llagostera. La guerra, la política, ofrecen un espectáculo de confusión lamentable. Don José de Relimpio manifiesta con gran seso que la cesantía de treinta mil reales que disfrutaban los ex ministros españoles es la causa de estas tremolinas.

Julio. — Alcoy, Sevilla, Montilla. Sangre, fuego, crímenes, desbordamiento general del furor político. — Doña Laura cae gravemente enferma. — La guerra civil crece. Cada día le nace una nueva cabeza y un rabo nuevo á esta idea execrable. Isidora, sin esperanzas de encontrar á su hermano, toma el tren y se va á Santander, donde llama la atención y se hacen acerca de ella novelescos comentarios. — Ministerio Salmerón.

Septiembre. — Cartagena, excursiones de las fragatas. ¡Oh! Don José les perdonaría á los cantonales su calaverada si aprovecharan el empuje de las fragatas para irse á Gibraltar y conquistar aquel pedazo de nuestro territorio, retenido por la pérfida Inglaterra. Si viviera Méndez Núñez otro gallo nos cantara. — Horrores del cura Santa Cruz. — Doña Laura, como si fuera símbolo humano de la unidad y el honor de la patria, sucumbe en aquellos tristes días. Antes de morir tiene el inefable consuelo de ver á su hijo gobernador de una provincia de tercera clase. — Célebre apóstrofe de D. Manuel Pez contra las improvisaciones. Los prohombres de la tertulia de Pez exhalan, en desgarradoras quejas, el sentimiento de ver á la patria en situación tan triste. Todos quisieran salvarla. Don Manuel, recordando su destino, iguala á Isaías en

gravedad elegíaca y arrebató poético. Verifícase en toda España una limpia general del comedero de todos los Peces habidos y por haber. Hay quien cree firmemente que se acaba el mundo. — Dispersión de la familia de Relimpio. Isidora vuelve á Madrid; está algo desfigurada, pero, según sus cuentas, en diciembre concluirá aquello. — Castelar ministro. El buen Relimpio, en quien no se ha entibiado ni un punto la noble simpatía que por su ahijada sentía, se va á vivir con ella, la sirve en todo lo que puede y la acompaña cuando está sola y aburrída. Recuerda el noble anciano á su esposa, y honrando la memoria de sus cualidades, deja escapar melancólicos suspirillos.

Diciembre. — Castelar reorganiza el ejército. La patria da un suspiro de esperanza. Se convence de que tiene siete vidas, como vulgarmente se dice de los gatos. La marea revolucionaria principia á bajar. Se ve que son más duros de lo que se creía los cimientos de la unidad nacional. El 24, Nochebuena, Isidora da á luz un niño, á quien ponen por nombre Joaquín. — Háblase ya de la sima de Igusquiza y se cuentan horrores del feroz Samaniego.

1874. *Enero.* — El día 3 Pavía destruye la República sin disparar un tiro. Desaloja el salón del Congreso y pone en las calles cañones que no hacen fuego. Lluve un Poder Ejecutivo. — *La Sanguijuelera*, que permanece adicta al antiguo régimen y no cree que hay más reina que Isabel II, da un viva al príncipe Alfonso. Célebre apotegma de D. Manuel María Pez sobre el orden armonizado con la libertad, y la libertad armonizada con el orden. Este varón insigne ocupa otra vez la Dirección con beneplácito de

los Peces, los cuales, multiplicándose de nuevo, colean en todo el país. Recobran los Peces hijos sus puestos, con lo que la Administración nacional queda asentada sobre fundamentos diamantinos. Todo va bien, admirablemente bien. La guerra civil avanza. Sobre las ruinas de las fortunas que desaparecen, elévanse las colosales riquezas de los contratistas. El Tesoro público hace milagros. — La provincia que gobernaba Melchor se ve libre de este azote. Melchor, reducido otra vez á la nada, da vueltas en su cerebro á un nuevo proyecto. Ahora sí que son habas contadas. Trátase de comprar habichuelas podridas y arroz picado para vendérselo al Gobierno como bueno. Para realizar sus milagros, este taumaturgo cuenta con amistades de valer en altos centros, y aun aparenta entusiasmo por el nuevo régimen, tomando una actitud completamente pisciforme.

Marzo. — San Pedro Abanto. Inmenso interés despiertan en toda España el estado de la guerra y el sitio de Bilbao. Tristeza del marqués viudo de Saldeoro. Los últimos vencimientos le abruma. Su fortuna triplicada no le bastaría para pagar. Toma por modelo al Tesoro público y recibe dinero al trescientos por ciento. Renuévanse las discordias entre Joaquín é Isidora por cuestiones de celos y fondos. Padecimiento moral de la de Rufete por su situación social, su penuria y la poca esperanza de remedio. Comenzado el pleito, intenta pleitear por pobre; pero el bienestar aparente de su casa y el lujo de su persona hacen fracasar la información. El viudito de Saldeoro, para obtener de ella el empeño de las alhajas, le hace mimos y repite su antigua, manoseada y ya gastadísima promesa

de casarse con ella. — Sangrientos combates del 25, 26 y 27, que ocupan la atención pública. Hay muchos liberales que, por ser enemigos del Gobierno, se alegran de las ventajas carlistas. Contra éstos truena en patriótica indignación don José de Relimpio, el cual se compra un mapa de Vizcaya y, clavando sobre él alfileres, sigue y escudriña y estudia con sublime anhelo los movimientos militares.

Mayo. — Bilbao es libre. Alegría, repiques, farolitos. Crece á los ojos del país la gran figura militar del marqués del Duero. — Mariano Rufete, que ha vuelto al lado de su hermana, parece inclinado á mejorar de conducta. Ha aprendido algunas cosas; en modales y lenguaje sus adelantos son imperceptibles. Lee bastante; pero sus lecturas no son de lo más escogido. Su hermana daría cuanto tiene (menos los ideales) por verle corregido. — Emilia Relimpio se casa con su primo Juan José, hijo del ortopedista; Leonor, ilícitamente unida á un sargento primero, desaparece de Madrid. Don José, recordando los grandiosos pensamientos de D.^a Laura acerca del himeneo de las niñas con célebres médicos ú oficiales de Estado Mayor, se aflige extraordinariamente, y aun derrama una lágrima que va á caer sobre el mapa de la guerra civil. Vive constantemente con Isidora, y ésta le aprecia mucho. Crece el niño de Isidora. Es bonito y sabedor, pero tiene la cabeza muy grande. Don José le pasea, le mimas, le cuida, le viste, le canta. *La Sanguijuelera*, que algunas veces visita á su sobrina, tiene gran cariño al cabezudito: le coge, le zarandea, le da gritos, y le llama *pricol*, *priquín!*... De donde resulta que al muchacho se le pega este nombre, y en lo sucesivo todos le llaman *Riquín*.

Junio. — Muerte del general Concha. Pánico y luto. Retirada. La patria, que creía próxima su salvación, gime. Augusto Miquis expone con su acostumbrada originalidad una peregrina paradoja. Según él, la mejor manera de acabar con los carlistas es dejarlos triunfar, traer á D. Carlos á Madrid y plantarle en el Trono. En España, el primer paso para la ruina de una causa es su triunfo. El carlismo guerrero se sostiene. El carlismo establecido no podrá durar un mes. Desde el momento en que trate de aplicar á la vida real sus ideales, se hundirá por su propio peso y caerá hecho polvo.

Diciembre. — La guerra sigue. La Restauración toca á las puertas de la patria con el alda-bón de Sagunto. Asombro. La Restauración viene sin batalla, como había venido la República. La Providencia y el Acaso juegan al ajedrez sobre España, que siempre ha sido un tablero con cuarteles de sangre y plata. — Entusiasmo de la *Sanguijuelera*, que cada día simpatiza menos con la demagogia. Dice que los señores son siempre señores y los burros siempre burros. Se promete ir á recibir al nuevo Soberano y aun medita una arenga.

1875. Isidora visita á Emilia y se queda encantada de la dichosa paz que reina en la ortopedia. El padre de Juan José se ha retirado del trabajo, y no se ocupa más que de cultivar la huerta que ha comprado en Pinto. Juan José está al frente del establecimiento, y bajo su hábil mano éste se conserva en el mismo estado de prosperidad. Isidora quisiera un aparato para que la cabeza de *Riquín* no creciera tanto. Juan José, que algo entiende de Medicina, se ríe y receta al hijo reconstituyentes y á la madre un Manual de Doctrina Cristiana. — Consternación.

Los Peces grandes y chicos se ven desterrados de las claras aguas de sus plazas y oficinas. Bien quisieran ellos aclamar también al Rey nuevo; pero la disciplina del partido les impone, ¡ay!, una consecuencia altamente nociva á sus intereses. Tienen que poner un freno á sus agallas. Además, la lucha por la existencia, ley de las leyes, ha llevado á los Pájaros al Gobierno, y éstos no encuentran en la Administración bastantes ramas en que posarse. Algunos Peces de menor tamaño y del género *voracissimus* quedan en oficinas oscuras. Son Peces alados, transición zoológica entre las dos clases, pues la triunfante tuvo en situaciones anteriores sus avecillas con escamas. — Mariano torna á ser vagabundo. Gusta mucho de los toros. Asiste á una novillada en Getafe, y su preciosa vida está en gran peligro. Saldeoro parece reparar sus desastres. Terribles celos de Isidora, que descubre en su amante fervorosa inclinación á la secta de los mormones. Riñas y escándalos, acompañados de no pequeños apuros. — Todos los Peces, confirmando la antigua idea de que en España el despecho es una idea política, se alegran de las ventajas de los carlistas. — Isidora activa su pleito. Pretende de nuevo la información de pobreza, pero no puede conseguirlo. Celebrado el juicio de conciliación, presenta su demanda. — Miquis gana por oposición la plaza de médico-director de uno de los principales hospitales de Madrid. Es novio de la hija del honrado notario Muñoz y Nones. — Sábese por buen conducto que Leonor tiene una casa de huéspedes en La Coruña. — Ocúpase la prensa de cierta irregularidad administrativa en que ha intervenido como irregularizador, Melchor de Relimpio.

gente se pregunta si será mandado á presidio, y efectivamente, la *Gaceta* le nombra... oficial primero de Aduanas en Cuba. Parte decidido á concluir la insurrección, para lo cual no procede llevar tropas á Cuba, sino traerse á Cuba á España. Habas contadas. El se traerá de seguro las tres cuartas partes de la Isla, ó las Antillas todas, dejando vacío el Mejicano Golfo.

CAPÍTULO II

Liquidación.

I

«Isidorita Rufete, ¿conoces tú el equilibrio de sentimientos, el ritmo suave de un vivir templado, deslizándose entre las realidades comunes de la vida, las ocupaciones y los intereses? ¿Conoces este ritmo que es como el pulso del hombre sano? No; tu espíritu está siempre en estado de fiebre. Las exaltaciones fuertes no cesan en ti sino resolviéndose en depresiones terribles, y tu alegría loca no cede sino ahogándose en tristezas amargas. ¿Persistes en creerte de la estirpe de Aransis? Sí; antes perderás la vida que la convicción de tu derecho. Bien; sea. Pero deja al tiempo y á los Tribunales que resuelvan esto, y no te atormentes, construyendo en tu espíritu una segunda vida ilusoria y fantástica. Ten paciencia, no te anticipes á la realidad; no te trabajes interiormente; no saborees con falsificada sensibilidad goces de que están privados tus sentidos. Miquis te ha dicho, bien lo sabes, que eso es un vicio, un puro vicio, como tantos otros hábitos repugnantes, como la embriaguez ó el juego, y de ese vicio nace una verdadera enfermedad. El pensamiento se pone malo, como las muelas y el pulmón, y ¡ay de ti si llegas á un estado morboso que te impida disfrutar luego en la realidad lo que ahora quieras gozar, en sue-

ños, contraviniendo á las leyes del tiempo y del sentido común!

«Sostienes que ese vicio, aberración ó como quiera llamarle Miquis, es una fuente de consue- los para tí. Ya, ya se conoce tu sistema. Después de un día de penas, apuros, celos y disputas, llega la noche, y para consolarte... das un baile. ¡Qué gracioso! Satisfaces tu orgullo y tus apetitos determinando en tí una gran excitación cerebral, de la cual irradian sensaciones y goces. Sabes vestir con tal arte la mentira, que tú misma llegas á tenerla por verdad. Te engañas con tus propias farsas, desgraciada. Tè posees de tu papel y lo sientes. Enseñas á tus nervios á falsificar las sensaciones y á obrar por sí mismos, no como receptores de la impresión, sino como iniciadores de ella. ¡Bonito juego! ¡Violación de los órdenes de la Naturaleza!

»Mira, Isidorita; tu vida social está bastante desarreglada; pero tu vida moral lo está más aún. El principal de tus desórdenes es el amor desaforado que sientes por Joaquín Pez. Le amas con leatad y constancia, prendada más bien de la gracia y nobleza de su facha que de lo que en él constituye y forma el ser moral. Bien dices tú que ya el amor no es ciego, sino tonto. Tienes razón: ya se le conoce el largo trató que ha tenido con los malos poetas. ¿Por qué no haces un esfuerceito para desprenderte del cariño que tienes á Pez? Por ahí debe empezar tu reforma. Tú le adoras y no le estimas. El te ama y tampoco te estima gran cosa. Considera cuánto perjudican á tus planes de engrandecimiento tus relaciones con el hombre que ha manchado tu porvenir y deshonorado tu vida. Isidora de Aransis..., pues según tú, no hay más remedio que darte este

nombre... Isidora de Aransis, mírate bien en ese espejo social que se llama opinión, y considera si con tu actual traza puedes presentarte á reclamar el nombre y la fortuna de una familia ilustre. Tonta, ¿has creído alguna vez en la promesa de que Joaquín se casara contigo? Advier- te que siempre te dice eso cuando está mal de fondos, y quiere que le ayudes á salir de sus apuros... Casada ó no con él, esperas rehabilitar- te; dices que el mundo olvida. No te fíes, no te fíes, pues tal puede ser la ignominia que al mun- do se le acabe la indulgencia. Se dan casos de estos.

»Hay otro desorden, Isidorita, que te hace muy desgraciada, y que te llevará lejos, muy le- jos. Me refiero á las irregularidades de tu pecu- lio. Unas veces tienes mucho, otras nada. Lo reci- bes sin saber de dónde viene; lo sueltas sin saber adónde va. Jamás se te ha ocurrido coger un lá- piz (que cuesta dos cuartos) y apuntar en un pe- dacito de papel lo que posees, lo que gastas, lo que debes y lo que te deben. No haces cuentas más que con la cabeza, ¡y tu cabeza es tan inepta para estol... La Aritmética, hija, no cabe dentro de la jurisdicción de la fantasía, y tú fantaseas con las cantidades; agrandas considerablemente el activo y empequeñeces el pasivo. De vez en cuando parece que quieres ordenar tu peculio; pero tus apetitos de lujo toman la delantera á tus débiles cálculos, y empiezas á gastar en ca- prichos, dejando sin atender las deudas sagradas.

»Tu generosidad te honra porque indica tu buen corazón; pero te perturba lo indecible. Has sido estafada por algunos que, conociéndote el flaco y tu índole liberal, se han fingido menes- terosos. Y dime ahora: ¿qué has hecho de los

dos mil duros que á ti y á tu hermano os dejó D. Santiago Quijano? Ya los has gastado en el pleito, en vestidos, en la educación de Mariano, y... confíesalo, que si es un misterio para todo el mundo, no lo es para quien te habla en este momento... No lo ocultes, pues no hay para qué. Más de la mitad de aquel dinero te lo ha distraído Joaquín Pez.»

Voz de la conciencia de Isidora ó interrogatorio indiscreto del autor, lo escrito vale.

II

Una mañana de diciembre de 1875, estaba Isidora triste y sin sosiego. Sus idas y venidas dentro de la casa, sin motivo aparente de tal actividad, indicaban que algo muy grave ocurría. Se sentaba, leía una carta, lloraba un poco, guardaba luego la carta, arrugándola en el bolsillo de la bata; iba en seguida al comedor, regresaba al gabinete, repetía la lectura, la lágrima y el estrujamiento del dichoso papel... ¿Qué es eso, señora? ¿Qué pasa?

Desde el gabinete se veía toda la cavidad de la alcoba, donde la gran cama dorada se alzaba como un catafalco, elevando hasta muy cerca del techo su armadura de cobre, sin cortinas. La alcoba se comunicaba con otro cuarto, del cual venían dos voces distintas, pero acordadas en un tono de candorosa alegría. Era la una dulce, angelical y tiernísima. Era la otra cascada y á veces chillona. ¡Vaya con la pareja! *Riquín* y D. José de Relimpio jugaban arrastrándose por el suelo. Caballo y jinete se besaban, locos de regocijo, en la confusión de las caídas leves.

Abrióse de pronto la puerta de la sala, y entró... nada menos que *la Sanguijuelera*.

«Gracias á Dios que viene usted, tía — le dijo Isidora reconviniéndola —. Siéntese usted; tenemos que hablar detenidamente.

— ¡Hablar detenidamente! — exclamó la vieja puesta en jarras —. No digas más; ya entiendo tus *detenidamente*. Ya sé que es para pedir dinero. Sí, en cuanto llegó á casa tu D. José y vi su cara de carnero á medio morir, dije: «Ojo al Cristo...» Pues mira, hija, toca ó otra puerta.»

Isidora, harto afligida, no pudo seguir á su tía por el camino de las bromas. Con la concisión de los grandes apuros, dijo que era cuestión de vida ó muerte para ella reunir en aquella mañana cierta suma, y que contaba con la generosidad de su tía, á quien otras veces había pedido caudales, reembolsándoselos con buenos intereses.

«Cierto que te he consolado; cierto que me has pagado; pero no lo hay. Ya sabes que *aquí murió el fiar*... Pues sí; que están unos tiempos divinos... Pero di, quimerilla, ese hombre, ese hombre, ¿en qué piensa que no te da...?

— Lea usted — replicó Isidora alargando la carta con un gesto y tono que se usan mucho en los dramas.

— ¡Oh!, no; ya sabes que me estorba lo negro.

— Pues dice... En fin, hemos reñido. Él está mal. Probablemente tendrá que irse con un empleo á la Habana... ¿Qué le parece á usted eso?

— Sopas en queso. ¿A mí qué más me da que se vaya á la Habana ó á *Sierra-Ullones*, ó al Infierno?

— En fin, hemos reñido. Todo se acabó. No hablemos más de eso. Hoy tengo un gran compromiso.

— ¡Anda, anda, frutilla temprana!... ¡En la que te has metido! — dijo Encarnación encendida en ira —. ¿Y qué vas á hacer ahora? Ya no tienes salvación, ya estás perdida. Bien me lo temí y bien te lo dije cuando te vi en estos andares. Yo tengo mucho mundo — añadió señalando del modo más insinuante su ojo derecho —; aquí dentro hay mucho quinqué. Pues, claro, á esto habías de venir á parar. Ahora empiezas, ahora. ¡Y quieres que te dé dinero!... Anda, anda, castaña pilonga, que otra cosa podrá faltarte ahora; pero dinero... No, no cuentes con tu tía; no te acuerdes más de esta perla vieja de la honradez.»

Las groserías de su tía Encarnación enfadaban atrozmente á Isidora. Queriendo concluir pronto, expuso en términos tan concretos como pavorosos su situación, y luego hizo una protesta enérgica de sus ideas morales. Ella quería y se proponía ser honrada. Las reticencias de su tía la herían en lo más vivo del alma.

«No vengas con andróminas — replicó la charrera —. Tú podrás tener buenas ideas; pero has dado el pasito, y ya no puedes volver atrás. ¡El pasito, hija! ¡Repuñales! De todo tiene la culpa ese hombre, ese hombre... Es un lameplatos. Siénto que no esté aquí para despotricarme con él y decirle las del barquero... Total, chica, que yo no tengo un real partido por medio.

— No, no creo que usted me vea en tales agonías y no me favorezca.

— ¿Yo?... ¿Y de dónde lo voy á sacar?

— Del arca.

— No estás tú mal arca de Noé.

— ¡Tía!

— ¡Si debes más que el Gobierno; si te has

metido en unos belenes...! Suponte tú, y es mucho suponer, que yo, echando por zancas y barrancas, arañando aquí y allá, reuna mil reales...

— Mil reales es muy poco.

— ¿Pues qué?... ¿Creías que te iba á dar un ojo de buey? — gritó la vieja riendo á todo reir. — ¡Mira ésta?...

— Yo quería lo menos dos mil — dijo Isidora con terror.

— ¡Jo...sús! ¡Los dos mil los tienes tú en el canto de la memoria! Yo los quisiera para mí. En fin, y *mismamente*... si me prometes devolvérmelos pronto, podré buscarte mil... ¡Ay! arrastrada, ¿en qué gastas tú el dinero? Si hubieras hecho lo que yo te aconsejé... Yo te decía: «Guarda, aprovéchate; sácale á ese hombre el redaño y ve poniendo en el Monte para el día de mañana...» Pero tú, grandísima pandorga, con gastar y gastar... Aquí parece que siempre está la gata de parto, según se gasta y derrocha.

— ¡Tía, dos mil!

— Dos mil puñales...

— Ande usted...

— No, no te caerá esa breva.

— No la dejaré á usted en paz hasta que me los dé...

— Trabajo tienes .. Ganas de trasquilar la marrana.

— Pues vengan los mil; pero pronto, al momento.»

Instantáneamente formó Isidora un plan distinto del que había hecho contando con los dos mil.

«Te los traeré para las doce. ¡Ay! ¿En qué parará esto?...

— Antes de las doce, si puede ser. Váyase

usted pronto para que vuelva pronto... Coja usted un coche.

— Venga la peseta.

— Tome usted la peseta.

— Otra para el papel del recibo..., porque no te pienses que te los voy á dar sin recibo.

— ¿Otra peseta?... Ahí va. Váyase usted pronto. ¡Ay!, ¡qué día está! — dijo Isidora mirando con tristeza al balcón, cuyos cristales, azotados por la lluvia, sonaban con estrépito de perdigonada.

— ¡Si fueran monedas de cinco duros...! Voy á dar un beso á *Riquín*.

— Después, después.

— ¡Jo...sús! ¡Qué prisa!... Agur, agur.»

Luego que la anciana estuvo fuera, Isidora sacó de la cómoda un cofrecillo y del cofrecillo un libro. Era una novela entre cuyas hojas había varios papeles ó cédulas guardadas con cierto orden y clasificación. No debían de ser ciertamente billetes de Banco, porque Isidora, al volver de cada hoja, daba un suspiro y ponía cara de mal humor. Después de pasar revista á su tesoro negativo, gritó: «D. José», y como D. José, á causa del ruido que él mismo hacía, jugando con Joaquín, no pudiera oír la voz de su ahijada, ésta tuvo que levantarse á llamarle por la puerta de la alcoba.

«¡Venga usted acá, por Dios!...

— ¡Hija, no te había oído.»

Veríais entonces aparecer al gran D. José, fatigado de tanto andar á cuatro pies, ligeramente encendido el rostro; pero hecho todo miel, y tan risueño y bondadoso como antaño. Traía en brazos á *Riquín*, que era muy lindo, gracioso y dicharachero. Su deformidad incipiente no era

tal que le privara de los encantos de la niñez, antes bien daba risa verle erguir su cabezota con cierto aire de valentía, como un hijo de Atlante predestinado á superar á su padre en la facultad de cargar grandes pesos.

«Deje usted al niño... *Riquín*, hijito; vas á irte un rato con Ramona... ¡Ramona!»

El sucesor de los Rufetes (ó Aransis, que ello está por saber) declaró con un gesto de fastidio y preludio de llanto el agravio que á su dignidad se hacía pasando de los brazos de D. José á los de la niñera. Pero no le valieron sus artimañas. Cargó con él la moza, y D. José y su ahijada se quedaron solos en presencia de las papeletas.

«Es preciso hacer un esfuerzo, echar mano de todo.

— ¡Cuánta papeleta! — exclamó el santo varón cruzando sus manos con ademán piadoso.

Isidora las pasaba, las leía, las iba contando. ¡Ay! Cuando se entregaba á la Aritmética, su cara se volvía lúgubre y desconcertada, cual si estuviera sometida á la acción de fenómenos morbosos. La Aritmética tenía para ella algo de enfermedad cimótica, y así, desde que absorbía con su atención aquellos miasmas deletéreos llamados números, se ponía pálida y se le alteraba el pulso. ¡Y pensar que no puede haber dinero sin que haya cifras! Las hombres lo empequeñecen todo. Desdichadas las almas que siendo hermanas de lo infinito, tienen que entroncarse á la fuerza con estas miserias del planeta llamadas cantidad, relación, gravedad. Verdaderamente, ¿qué cosa más contraria á lo infinito y á lo ideal que aquellos nefandos papeles?

«Esta es del Monte — murmuró Isidora con el

corazón oprimido—. Esta... ¿á ver?... es la de mi calabrote.

— El calabrote está en la calle del Clavel — manifestó Relimpio con el aplomo de un agente de Bolsa, que tiene en la memoria las colocaciones de fondos realizadas en todo el año.

— Es verdad... ¿Y el brillante?

— También, hija. ¿No te acuerdas? Lo llevé el mes pasado. Del Monte ha de haber cinco papeletas.

— Justo, cinco... Hay además ocho...

— Tu reloj... Si no recuerdo mal, está en treinta duros. ¿Pero qué te pasa hoy? Vas á sacar todo?

— ¿A sacar? — repitió Isidora, herida por aquella ironía como por un porrazo.

— ¿Qué cálculos haces?

Isidora se auxiliaba de sus dedos para calcular. La tersura y fineza de aquellas extremidades de sus manos indicaban no estar ocupadas ya más que en trabajos matemáticos.

«Ya comprendo, hija — dijo él entre dos suspiros.

— ¿Cuánto darán por esto? — preguntó ella, mostrando aquellas cédulas que por su nombre debían de ser montaraces.

— Eso no puedo decirlo. Se las llevaré á Rodríguez, el de la calle de Cádiz. Es amigo mío...; buena persona. Por papeletas, ya sabes que no se corren mucho.»

Isidora se llevó las manos á las orejas.

«¿Tus pendientes?... Espera, te vas á hacer daño. Yo te los destornillaré.»

Y con suma delicadeza realizó la operación, gozoso de que sus dedos jugaran, siquiera por un momento, con los pulpejos de las orejitas de su ahijada.

«Ya están aquí.

— Pongámoslos en el estuche.

— Estos te los regaló cuando vino al mundo Riquín. Por éstos darán... darán...»

Se cogió entre los dedos el labio inferior, y moviendo la cabeza y hundiendo la barba en el pecho, metía los ojos debajo de las cejas.

«En fin..., yo hablaré con Rodríguez... Es amigo mío..., buena persona.

— ¡Dos mil quinientos! — murmuró la joven ensimismada en sus cálculos, como un calenturiento sumergido en el doloroso caos de su estupear febril.

— Veremos... Quizás se pueda...

— Ahora — dijo Isidora con resolución alargando la mano hacia el chaleco del buen hombre —, venga el reloj...

— ¿El mío?... ¿Y la cadena?

— Todo.»

Algo se se desconcertó el viejo al verse privado del uso de aquella prenda, no de mucha valía, que Isidora le había regalado el 19 de marzo del año anterior. Pero como la voluntad de su ahijada era ley para él, no dijo más que lo siguiente:

«Déjamelo puesto, pues yo lo he de llevar... Darán diez y ocho ó veinte. Recordarás que la otra vez...

— Ahora, los cubiertos de plata.

— ¿Los...?

— Sí — afirmó ella levantándose con expresión triunfante —. Creo que está vencida la situación por hoy. Pero la semana que entra...

— Dios dirá.

— La semana que entra — declaró Isidora — vendiendo la sala.

— ¡Vendes la sala!

— Sí. Pásese usted luego por casa de la prendera. Que venga á verla. Veremos lo que da.»

Después echó una mirada de cariñoso desconuelo al armario de luna.

«¿Y el armario también?

— También.

— ¿Y la cama dorada?»

Isidora meditó un rato. Después dijo:

«No; me quedo con la cama.»

En esto andaban cuando reapareció *la Sanguijuelera*. Entró sacudiéndose el mantón, calado de agua.

«¡Jo...sús, qué tiempo! Llueven capuchinos de bronce.

— ¿Pero no ha venido usted en coche?

— ¿Por quién me tomas, tonta? La peseta del coche es para mí, por el mandado. Tengo más salud que el Botánico, hija, y ando más que un molino de viento... Conque toma... Cuatrocientos y cuatrocientos son ochocientos... Nueve duros en plata...

— Falta un duro.

— ¡Reparona! ¿Qué más da?

— Son novecientos ochenta — declaró D. José, haciendo gala de su saber de cuentas.

— ¿Quiere usted callar?... Usted, Sr. D. Pepe, no tiene que poner su carne en este garfio.

— La equidad, amiga D.^a Encarnación...

— ¡Amiga, doña!... Diga usted, tío Lilaina, ¿en qué bodegón hemos comido juntos? ¿Se quiere usted meter en sus cosas y dejarme á mí?

— Falta un duro — repitió Isidora.

— Total, que no he podido reunir más. Aquí está el papel para el recibo... Pon mil doscientos reales para el mes que viene.

— Mejor será para el otro mes.

— Mira, mira, no pintes el diablo en la pared. Pon el mes que viene.»

Don José empezó á extender el recibo.

«Bien clarito, señor escribano... ¡Hola, hola! ¿está aquí tu Holofernes?... ¡Vida! ¡Gloria!»

Había entrado *Riquín* paso á paso, porque sus piernas eran cortas y débiles. Se le había desatado el faldellín, corriéndosele por la cintura abajo. Estaba, pues, en traje talar que le arrastraba, y por los bordes de él asomaban sus patitas vacilantes. Traía empuñado en ambas manos el bastón de D. José, y caminaba derecho á *la Sanguijuelera*, todo risas y alegría, con la evidente intención de darle un palo. Ella se dejó pegar, le cogió luego en brazos y le dió tantos y tan sonores besos, que el muchacho empezó á gruñir y á defenderse á cabezadas.

«Dale un palo á tu madre, anda, pégale...

— No, no, no se pega — dijo Isidora atándole en su sitio la falda —. No le gusta más que pegar. En las piernas no tiene fuerzas; pero en los brazos...

— *Riquín*, hijo mío, dile: «Yo voy á ser un hombre de puños...» ¡Leña en ella!... Como te coja... Cuidado como riñen á mi cabezudito.

— El médico me ha dicho que ahora se le desarrollará bien el cuerpo — afirmó Isidora contemplándole con satisfacción de madre.

— Pues si no... ¡Y qué bonito es, qué rico, qué galán! ¡Le quiero más...! ¡Qué tonta soy! Me da rabia conmigo misma. Desde que veo un moco-so, ya se me cae la baba.»

Isidora reía. Cogió á *Riquín* y le hartó de besos.

«¡Pobrecito mío! Todos han de tener que de-

cir algo sobre si tiene la cabeza grande. Pues yo digo que la tiene toda llena de talento.

— ¿Sabes lo que digo? — manifestó *la Sanguiuclera* en tono de misterio—. Pues digo que este chico es el Anticristo. No te rías. Sí; por lo que sabe parece que tiene cuatro años.

— No, mi niño no es un fenómeno; mi niño no es el Anticristo — dijo Isidora oprimiendo contra su garganta aquella cabeza, mayor de lo conveniente, pero muy hermosa.

— Te digo que este chico ha venido al mundo para alguna tremolina. ¿Ves esa cabeza? ¡Pues dentro debe de traer unas cosas...! Hija, tu pimpollo es cosa mala.

— No diga usted disparates.

— Anticristo ó lo que seas — exclamó Encarnación volviendo á tomarle en sus brazos —, me tienes boba. Te voy á comer.»

Y estallaban los besos como cohetes. En pie ya para marcharse, después de tomar su recibo, *la Sanguiuclera*, sin soltar á *Riquín*, dijo á Isidora:

«¡Pero qué alma tienes! Dijiste que le ibas á comprar un pandero, y no se lo has comprado... ¡Anda, mala madre! Yo se lo compraré, yo, yo. ¿Verdad, hijo?...

— Ven acá, ven acá, que la tía se marcha.

— Oye tú..., dame una peseta.

— ¿Para qué?

— Vaya que estás lela... Para el pandero.»

Dióle Isidora la peseta, y *la Sanguiuclera* se fué gruñendo.

III

Decir cómo aquella casa llena de comodidades se deshizo en unos cuantos días; contar cómo las feroces prenderas llegaban, veían, tasaban, huían, llevándose en las garras, cuál un dorado reloj, cuál la alfombra ó el lavabo, sería lacerar el corazón de nuestros lectores. Isidora, que no sabía regatear comprando, era vendiendo enemiga de entorpecer los negocios con prolijas discusiones. Tomaba lo que le ofrecían, después de pedir tímidamente un poco más. Así, pieza tras pieza, se desmontaba la casa. Y ésta, poco á poco, se iba quedando vacía, se iba agrandando. El frío y la soledad se apresuraban á invadir los polvorientos y tristísimos huecos que los muebles dejaban tras sí.

Cuando todo hubo concluído, la sala era un páramo. Para estar en ella habría sido necesario proveerse de tiendas de campaña. El gabinete conservaba su alfombra, la cómoda, un espejo pequeño y algunas sillas. La cama dorada de la alcoba permanecía como núcleo y fundamento de la casa. Interiormente habían desaparecido la sillería y aparador de nogal tallado del comedor; subsistían intactos el cuarto de *Riquín*, el del baño, parte principal de la casa; el que solía ocupar D. José Relimpio cuando allí pernataba, el de Mariano y el de la muchacha. La cocinera y doncella habían sido despedidas; no quedaba más que la niñera, á quien Isidora revistió de las más extensas atribuciones.

«He pagado mis deudas y he tapado la boca al procurador — dijo Isidora á su padrino la

noche del último día de liquidación —. Estoy tranquila. Me queda esto.»

Dió un gran suspiro mostrando un papel donde había varias monedas y un sucio billete de Banco.

«¿Cuánto es?»

— Vamos á contar — dijo ella extendiendo su tesoro sobre el veladorcito del gabinete, mueble de hierro pintado que se salvó por milagro.

Don José puso la luz en el velador y tomó asiento.

«¡Si hay aquí un dineral! El billete es de doscientos...; veinte, cincuenta, ochenta. Total: setecientos veintiocho reales y dos perritos.

— Y no debo nada al casero... Estamos bien. Ahora se verá si soy mujer de gobierno. Principio quieren las cosas... Señor don José — añadió en el tono especial de las cuentas galanas —, desde hoy en adelante trabajaré.

— Si es lo que yo te vengo diciendo desde hace tres años, hija — replicó el anciano con las narices hinchadas por esa satisfacción vanidosa que acompaña á las ideas felices —. ¡Si es mi tema! Tú tienes grandes habilidades. Si quieres entrar en una vida de orden, economía y trabajo, aquí me tienes para ayudarte.

— He sido muy tonta. Pero ya veo con claridad lo que me conviene. Si mi pleito marcha adelante, como espero, es preciso que mientras dure, y después y siempre, nadie me tome en lenguas. Soy honrada, quiero ser honrada, honradísima, por respeto á mi nombre, á mi familia... ¡Ah!, mi familia — añadió suspirando otra vez... — ¡Si me hubieran acogido con amor, no habría dado yo un mal paso!... Mi familia tiene la culpa, ¿no es verdad, padrino?

— Sí, sí, hija mía, ella tiene la culpa. Pero vamos á lo que importa... ¿Con qué cuentas para mantenerte? ¿Qué te queda de lo que te dejó tu tío?

— Nada — replicó con profunda tristeza la joven, haciendo con sus manos un significativo movimiento que representaba el vacío —. ¡Pero trabajaré! ¿No tengo yo manos?»

Y diciendo esto se le representaron en la imaginación figuras y tipos interesantísimos que en novelas había leído. ¿Qué cosa más bonita, más ideal, que aquella joven, olvidada hija de unos duques, que en su pobreza fué modista de fino, hasta que, reconocida por sus padres, pasó de la humildad de la buhardilla al esplendor de un palacio y se casó con el joven Alfredo, Eduardo, Arturo ó cosa tal? Bien se acordaba también de otra que había pasado algunos años haciendo flores, y de otra cuyos finos dedos labraban deslumbradores encajes. ¿Por qué no había de ser ella lo mismo? El trabajo no la degradaba. ¡La honrada pobreza y la lucha con la adversidad, cuán bellas son! Pensó, pues, que la costura, la fabricación de flores ó encajes le cuadraban bien, y no pensó en ninguna otra clase de industrias, pues no se acordaba de haber leído que ninguna de aquellas heroínas se ocupara de menesteres bajos, de cosas malolientes ó poco finas.

«¡A trabajar, á trabajar! — exclamó inundada de aquel entusiasmo que tan fácilmente se posesionaba de su alma.

— Yo te ayudaré. Si tuviéramos ahora la máquina... harías camisas de hombre...

— ¿Camisas de hombre? Eso no me gusta.

— O ropa blanca de señoras... Cosa rica, cosa buena.

— Mejor sería... Yo pensaré.
 — Confecciones, sombreros... ¿Qué tal? Tú tienes un gusto...

— Gusto sí.

— Consulta con Emilia. Ella te dará buenos consejos.

— Yo lo pensaré; yo meditaré sobre esto y lo decidiré pronto. Ahora vamos á otra cosa. De nada vale el trabajo sin orden y economía.

— Perfectamente; muy bien pensado y dicho — exclamó Relimpio, dando todo su asentimiento á tan hermosa idea —. Si no, acuérdate de lo que hacía mi pobre Laura con lo poco que se ganaba. Hacía milagros.

— Por consiguiente, de aquí en adelante, gastar poquito y, sobre todo, saber lo que se gasta, pues si no se sabe se equivoca una. ¿Creerá usted que en mi vida he apuntado una cifra? Todas mis cuentas las he hecho siempre con mi cabeza. Así ha salido ello.

— ¡Oh! Malo, malo... La primera condición del orden es una buena contabilidad. La Providencia te ha deparado á uno de los hombres, no lo digo por alabarme, á uno de los hombres que no temen desafiarse con todo Madrid en Contabilidad y Partida Doble. Has hecho tu suerte, chica. Ya verás, ya verás qué libros.

— Todo lo apuntaremos — dijo Isidora jugando con aquella idea, como un niño juega con una mariposa —. Se dice, por ejemplo: hay que gastar tanto; las cosas valen cuanto; y luego se apunta todo...

— Nada, te has salvado, chica. Vamos á ver. ¿Tomas criada?

— Pienso pasarme con Ramona.

— Admirable. Yo te auxiliaré en todo... Ra-

mona es buena y humilde, pero algo torpe. Ya la despabilaremos. A fe que va á lidiar con tontos; ya, ya. Yo te la instruiré en dos palotadas. Mira, pon atención y verás cuánto puedo ayudarte. Yo — dijo marcando por los dedos las distintas funciones que desempeñaría — te haré la compra; yo... te aviaré las luces; yo... te haré todos los recados que exijan cierta inteligencia, como cobrar cuentas, tomar localidades en algún teatro, etc...; yo coseré á máquina si decides comprar una; yo apuntaré en mis libros todos los gastos é ingresos, sin olvidar, sin perdonar ni el ochavo que se le da á un pobre; yo..., por último, cuidaré á *Riquín* y le pasearé y le entretendré todo el tiempo que me dejen libre mis ocupaciones principales.

— Bueno, bueno.

— Y también entiendo de limpiar metales, de componer algo de carpintería; hasta de cocina entiendo un poco... Ea, señora — dijo restregándose las manos una con otra con tanta fuerza que á poco más saca lumbre —, empecemos. Disponga usted la compra de mañana.

— Un duro.

— Es un despilfarro. Vengan catorce reales. Yo me entiendo; basta de mimos. Comerá usted lo que haya.

— Hay que traer carbón.

— Eso es aparte.

— Y cerillas.

— Las compraré al por mayor. Una gruesa... Traeremos al por mayor todo lo que se pueda, para lo cual destinará usted una cantidad que se carga á la cuenta del mes. Quédese el diario en diez reales, y déme usted seis duros para el por mayor. Adelante. ¿Qué principio traigo?

— Langosta.
 — ¡Un ojo de la cara!
 — No importa. Por una vez...
 — ¿Qué postre?
 — ¿Tendremos tangerinas?... Ciruelas de Burdeos.

— Eso es caro; pero yo lo sacaré barato. Regatearemos, sí señora, regatearemos.

— El queso de Italia, la cabeza de jabalí y las salchicas de Bolonia me gustan.

— Todo eso, traído al por mayor, puede obtenerse... en buenas condiciones.

— No tomaremos Champagne. Es muy caro.

Veremos si hallo una partida..., pues..., en buenas condiciones.»

No prolongaremos la relación circunstanciada de lo que hablaron aquella noche padrino y ahijada. Acostóse Isidora pensativa y D. José se retiró muy entusiasmado á su cuartito. Durmióse como un serafín, y soñó que estaba en la contaduría de una casa grande, donde había catorce empleados y más de cien libros. Ingresos y gastos ascendían á millones; pero todo iba al pelo. Era D. José como un director de orquesta, sólo que los músicos eran escribientes y las notas números. Resultaba una sinfonía de orden, que mecía en embriagador arrobamiento el espíritu del tenedor de libros.

Al día siguiente, cuando Isidora se levantó, ya estaba su padrino de vuelta de la compra. Traía el cesto bien repleto, y fué sacando cosas y mostrándoselas á Isidora, que admiraba la bondad y baratura del género.

«El primer gasto, hijita, ha sido para comprar estos tres libros de cuentas—dijo Relimpio mostrando dos enormes y uno pequeño—. El Ma-

yor, el Diario y el Provisional. Sin esto no haremos nada, porque la base del orden es una contabilidad perfecta... ¿Ves? Aquí está la langosta. Te permito este lujo. Aquí está la carne. No compré las ciruelas. Conténtese usted con dátiles. Tampoco he traído Champagne porque no lo hallé en buenas condiciones. Patatas. Falta los garbanzos y el azúcar, que no pude comprar porque se me acabó el dinero... ¡Ah!, un mazo de cigarros para mí.

— Muy bien —dijo Isidora con benevolencia, echando una mirada compasiva á los libros de cuentas—. Todo está muy bien.»

Don José tuvo que salir á la calle dos veces más porque era preciso traer garbanzos, azúcar y huevos. Después volvió á salir porque no había sal, ni perejil, ni sopa. Trajo tapioca, y de camino tomó nota de diversas cosas que se pudieran adquirir... *en buenas condiciones.*

Luego que almorzaron, alegres y satisfechos del buen principio que tenía una vida tan arreglada y económica, Isidora fué á vestir á *Riquín* y á endulzar con él la tristeza que no podía vencer. Más tarde se bañó, costumbre á que no podía renunciar. La peinadora vino luego y se distrajo con ella un rato. Erase difícil adquirir el hábito de peinarse por sí misma. Toda aquella tarde estuvo pensando en la clase de ocupación que más le convendría; pero sus grandes cavilaciones no llevaron luz ninguna á la confusión y perplejidad que en su mente reinaba.

En tanto D. José se dió con toda su alma á la gran tarea de abrir las cuentas en los libros. Con una importancia y gravedad indecibles, apuntó gastos é ingresos, sin olvidar lo más mínimo; cargó y abonó, dibujó preciosos números, tiró

líneas con regla, hizo cuenta de *varios á varios*, de *imprevistos*, de *suplidos* y de *deudores varios*. En ésta, dando una prueba de exquisita honradez, puso el importe de los cigarros que con el dinero de Isidora se había comprado.

CAPÍTULO III

Entreacto en la iglesia.

Un mes no completo había transcurrido de esta vida honrada y económica, sin que Isidora pudiera llegar á decidir en qué profesión, arte ú oficio había de emplear su talento y ganas de ponerse al trabajo. Los libros de D. José, ya repletos de números, no contenían más que partidas fallidas, y daba dolor ver en sus garabateadas páginas el triste papel que hacían los Haberes junto á las nutridas columnas del Debe.

Veamos cómo pasaba el tiempo la dueña de la casa. Entre bañarse, peinarse, vestir y arreglar á *Riquín* se le iba la mañana. Por la tarde, si no tenía que ir á casa del procurador, solía matar el fastidio en las iglesias, de donde resultó que en aquel período oyó más sermones y rezó más novenas que en el resto de su vida. Distraíase con estas superficiales devociones, y aun llegó á figurarse que se había perfeccionado interiormente. Recordaba las preces aprendidas en su niñez, y se deleitaba con las formas de religión, por pura novelería. Pero esta santidad de capricho no sofocaba, ni mucho menos, su orgullo dentro de la iglesia. Más que el sermón ampuloso, más que el brillo del altar, más que la poesía del templo y las imágenes expresivas, la cautivaba el señorío que iba por las tardes á la casa de Dios. Cuando había novena ó Manifiesto costeadado por alguna dama de la aristocra-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO A. ILS"
1625 MONTERREY, MEXICO

34031